

## *Por un secreto de estado*

### *Episodio histórico de la mala vida de Fernando VII*

Diego San José

#### **CAPÍTULO PRIMERO**

##### **EL REY FERNANDO TIENE UN AMIGO**

Finalizaba una desapacible tarde otoñal —que más parecía de invierno— del año de desgracia de 1826, en que regía los destinos de España el «Deseado» Rey Fernando VII, de triste e infausta memoria.

Su desapacible majestad hacía más de dos meses que descansaba de su gobierno en el plácido y austero monasterio de El Escorial. Allí no se acordaba, o, mejor dicho, aparentaba no acordarse de que pesaba sobre su cabeza la corona de San Fernando; quería, como el sombrío fundador de aquel Real Sitio, parecer un monje más, pero no lograba engañarse a sí mismo sino cuando daba en asistir al coro, en que solía tomarlo con tan fanática devoción, que sus preces se alzaban sobre las de todos los reverendos, y a las veces llegó a sufrir paroxismos tan intensos, que cayó al suelo con los ojos extraviados y echando espuma por la boca, como un poseso o como un caballo reventado.

El «buen» Rey, porque no le cupiera cosa buena en el espíritu, era fanático, pero no creyente de corazón; nunca fue piadoso ni caritativo, ni usó su poder con aquella mesura y aptitud que recomienda el Evangelio a los poderosos de la tierra, sino que tomaba de la religión lo que más convenía a sus propósitos particulares.

Los buenos frailes «jerónimos», que tenían a su cargo el monasterio, le estimaban tanto como sus antecesores estimaran a Felipe II, porque les traía, como suele decirse, «en palmitas», y todo le parecía poco tratándose de hacer bien por la santa casa. Así, este desaprensivo Soberano, que no tuvo inconveniente —porque le iba buena parte en el negocio— de comprar a Rusia una escuadra podrida, juzgó que se compraba un puesto a la diestra de Dios Padre dando un millón de reales por dos pulpitos de pésimo gusto, que

se colocarían a ambos lados del altar mayor. Claro es que el importe de estas dos tribunas del Espíritu Santo, como el de la inservible flota, no salieron de su bolsillo particular, sino del pueblo, que es quien paga siempre así los caprichos como las necesidades de sus monarcas.

\*\*\*

Tras un amplio ventanal que daba al espléndido jardín del monasterio, miraba el Rey cómo el sol iba a esconderse al otro lado de las altas lomas que circundan el valle. Los añosos arbustos que son gala y centinela de aquel magnífico recinto se doraban melancólicamente con la última luz del día. Fuera, soplaban el viento con terrible ímpetu, retumbando a veces en la concavidad del valle con barruntos de tempestad.

Un mozo del Monasterio que, en aquel tiempo, se aventura a cruzar el jardín, llevando sobre la cabeza una gran batea de pan, se ve y se desea para librarse del ventarrón, que, pudiendo al cabo más que el hombre, se la arrebató con descomunal soplo y se la lleva en volandas, mientras el suelo queda sembrado de panecillos, yendo el cuitado a dar violentamente contra un árbol, al que le es forzoso asirse con desesperación y angustias de naufrago si no quiere correr la misma suerte que la maltratada batea.

El Rey, que es cristiano de *buena índole* y *goza* con las *venturas* del prójimo, suelta una estrepitosa carcajada, acompañándola de un taco redondo, de aquellos con que tan copiosamente salpimentaba la tertulia de su desaparecida camarilla, compuesta por «Chamorro», Ugarte y el bailío ruso Tasticheff.

Como al conjuro de la risa y al eco de la palabrota se abrió una puerta disimulada por un tapiz y apareció un hombre alto y enteco, completamente vestido de negro, como un lacayo de funeraria. Semejaba más este empleo el ir vestido según la costumbre del reinado de Carias IV, sino que, en lugar de la peluca empolvada, traía un cabello natural, que era negro, tirando a cano, y recogido en coleta.

Terminaban de aderezar su faz huesuda y melancólica unos descomunales espejuelos con armadura de concha, que le daban todo el tétrico aspecto de un notario eclesiástico o familiar del Santo Oficio.

—Así me place ver a Vuestra Majestad, con cara de risa —dijo frotándose las manos frías, mientras se encaminaba hacia el balcón—. Veamos la causa de tan lindo humor.

Refirió Fernando el percance del mozo, y lo celebró también el recién llegado con una estrepitosa risotada.

—Siento que no lo haya visto Navarro —arguyó el Rey—, porque a buen seguro que hubiese soltado alguna chanza, de las tuyas y hubiésemos tenido broma para rato.

—Yo de mí sé decir —apoyó el enlutado— que los únicos que me hacen reír son él, cuando suelta alguna chanza de las tuyas, y Guzmán en el entremés de los chorizos.

—Y eso que tú, Grijalvilla, eres difícil de divertir y pocas veces se te ve con cara de risa —repuso el Soberano.

—Pero no dirá Vuestra Majestad que soy huraño; yo no tendré un amigo íntimo en toda la Corte, pero estoy por decir que tampoco hay nadie que me quiera mal.

—Porque piensan todos que no pasas de ser un pobre covachuelista sin influencia conmigo —siguió Fernando—; pero que se enteren que eres quien me ayuda a llevar como Dios nos da a entender las riendas del Gobierno, que haces y deshaces a tu antojo en la máquina de nuestra política; que yo no dispongo cosa, ni muevo pie ni mano sin consultarlo contigo, y verás tú lo que es bueno. Eso sí, todo el mundo te roerá el zancajo, como le ocurría al pobre «Chamorro», pero te harán tiras de la piel.

—Vea aquí Vuestra Majestad como yo no quiero salirme de mi paso. Más seguro se va en borrico que en galera acelerada.

Fernando extendió la diestra hacia una primorosa tabaquera de ébano incrustada en marfil, que tenía sobre una mesita próxima, y escogiendo dos aromáticos cigarros, ofreció uno a su confidente y él se dispuso a fumar el otro.

El «amigo» tomó entonces con unas despabiladeras de plata un ascuita de las que ardían en un diminuto brasero cincelado que había junto a la tabaquera y, después de aproximarle al cigarro del Monarca, encendió el suyo.

Fernando dio los primeros tirones al sabroso veguero y preguntó al enlutado:

—¿Has vuelto a tener noticias de Roma?

A lo que respondió el sacristanesco confidente:

—Las que ya sabe, Vuestra Majestad. El fraile insiste en su disparatada manía, y, aunque no ha echado a volar el cuento, porque sabe que con dar un cuarto al pregonero no consigue cosa de provecho, tiene la amenaza en pie.

—Sé que vio a mi hermano Paco, y, como este es tonto de capirote, se asustó enseguida, pensando que el mundo entero se nos caería acuestas, y me aconsejó, ya lo sabes, que soltara el dinero; pero yo no estoy por dar de comer a sinvergüenzas y sigo en mis trece. Ese curalientos no verá ni un real salido de mi mano.

—Y hará muy bien, Vuestra Majestad, y yo pienso que este asunto está pidiendo una solución radicalísima. Vuestra Majestad, ni como Rey ni como particular, puede estarse a la merced de un maldiciente avaro.

—Tienes razón. Si estuviera en España ese condenado fraile, ya le hubiese cortado los velos; pero hay tanto de aquí a Roma...

—Pues, ¿Roma no es cómo una provincia española, señor, y Su Santidad León XII no es, en todo, afecto a Vuestra Majestad? ¿No rige el gobierno de la Ciudad Eterna un auditor del Tribunal de la Rota, tan incondicional ¡y partidario vuestro como don Juan Francisco Catalán? Pues siendo de esta manera, como si el frailecico enredador estuviera en España.

—Pero su captura es necesario llevarla con todo secreto. Al fin y al cabo, el «recado» del amigo no es de aquellos que ponen una provincia más en la diadema de un monarca, ni de los que añaden a su historia un capítulo glorioso.

—Eso es lo que menos ha de preocupar a Vuestra Majestad, porque la calumnia es de tal volumen, que aunque ciertamente tuviese el bellaco la avilantez de echarla a rodar, no la creería nadie. No hay mujer en la tierra, por infame que sea, que haga declaración semejante, ni aunque sepa que le va en ello nada menos que la salvación de su alma.

—Ya sabes que mi madre, desgraciadamente, contaminada por el miserable Godoy, a quien no me perdonaré nunca el haber dejado con vida, era capaz de todo con tal de humillar a los Borbones.

—Vuestra Majestad debe dar de lado esa suposición, y aun admitiendo, aunque ya digo que lo tengo por imposible, que la Reina, en un momento de extravío mental, como es la hora de la muerte, hubiera hecho semejante declaración, ya sabéis que son hijos legítimos

los. que demuestra el constante matrimonio, sin que valga contra este derecho natural ni aun las declaraciones contrarias de los mismos padres.

—Eso será dentro de la ley; pero ¿y el escándalo?

Durante un buen tiempo, amo y vasallo quedaron en silencio; al cabo, Grijalva se alzó de su asiento y dijo:

—Si Vuestra Majestad me da su venia me retiro a mi *covachuela*. Dentro de poco vendrá el correo que ha de llevarse aquellos papeles para el Consejo; y en cuanto a esto del fraile bachiller, yo prometo, señor, resolver el problema de hacerle callar sin que le dé Vuestra Majestad ni un solo real de vellón de los cuatro mil duros con que sueña.

Y haciendo una profunda reverencia salió de la regia estancia el íntimo confidente de la Monarquía española.

## CAPÍTULO II

### EN EL QUE SE VE QUÉ HABLADURÍA ERA AQUELLA QUE TRAÍA TAN CAVILOSO A FERNANDO VII Y SE DAN LAS ÚLTIMAS PINCELADAS AL RETRATO DE SU AMIGO Y CONFIDENTE DON JUAN DE GRIJALVA

Aquella mala especie que venía de Roma a turbar la imperturbable conciencia del Rey-chispero era infame por dos partes: infame si era cierta e infame por ser propalada en boca de un sacerdote que la escuchó en el tribunal de la Penitencia y de labios de una agonizante.

Indudablemente, se trataba, más que de un espíritu malvado, de un hombre a quien las privaciones y rigores de la vida tuvieron que trastornar el juicio.

fray Juan de Almaraz fue último confesor que tuvo en su destierro la exreina de España María Luisa, la cual quiso favorecerle en su testamento, dejándole un legado de cuatro mil duros.

Mas acaeció que, como Fernando no tomó en consideración las últimas voluntades de sus padres, y menos si traían aparejadas partidas de dinero, pues ni siquiera quiso reconocer sus deudas, se quedó fray Juan sin la manda de su hija de confesión, por más reclamaciones que hizo a la Corte de España.

De allí a poco, el mísero tonsurado, muertos los Reyes padres —pues el pacífico Carlos IV no tardó más de diecisiete días en seguir las huellas eternas de su veleidosa compañera—, se vio en el mayor desamparo, sin tener a quién acudir, pues todos eran hechura del nuevo Monarca.

Acosado por las privaciones, fray Juan de Almaraz no vio otro medio que el de amenazar para hacer valer sus derechos. Y consistió la amenaza en anunciar la publicación del terrible secreto que María Luisa le hiciera en su última confesión, el cual estaba autorizado para hacer público tan pronto como ella desapareciera de los caminos del mundo, y el tal secreto «no era más» que la declaración de que ninguno de los hijos tenidos en su matrimonio podía llamar padre a Carlos IV, de suerte que la rama de los Borbones podía darse por terminada en España con Carlos III.

Si aquella manda no le era satisfecha, creía llegado el momento de propalar la terrible especie, para lo cual se proponía reunir al Cuerpo Diplomático.

Ello puso en notable cuidado al Rey, quien, pensando que ya era demasiado tarde para usar como mordaza los cuatro mil duros del legado —puesto que siempre quedaría la amenaza en pie—, no pensó sino en buscar los medios para apoderarse del codicioso clérigo.

La única persona sabidora del pesar que quitaba el sueño al hijo de María Luisa y de... Carlos IV era don Juan de Grijalva, el luctuoso personaje que en el precedente capítulo se ha visto departir tan mano a mano con el «Deseado» Monarca.

Nadie en la Corte creía que el tal don Juan gozase de tal predicamento con la regia persona. Todos pensaban que no trasponía las fronteras de su cargo, que era el de secretario de la real Estampilla. Parecía hombre modesto y poco ambicioso de honores, pues nadie le vio valerse de la intriga para mejorar de empleo, ni jamás se supo que hubiese molestado (como suele ser tan corriente entre los parásitos que viven de la sangre de la nación) con peticiones para parientes o amigos pobres. Y, sin embargo, de esta humilde apariencia disfrutaba de tal predicamento y ascendiente que no había cosa que el Monarca no le consultase. Ponía y quitaba ministros, concedía premios e imponía castigos a su antojo y placer. Era, en fin, el verdadero inspirador de aquel Rey que, para ser en todo distinto a cuantos hasta entonces agobiaron al pueblo español, gustaba de tener sus favoritos en la sombra.

El empleo de Grijalva no era más que un pretexto concertado para vivir dentro de Palacio y ser un espía de cuanto en él aconteciera, así en las altas esferas de la Política como en los bajos menesteres, pues no teniéndole nadie por quien en realidad era no solían guardarse de él.

Era el verdadero dueño del Alcázar.

En las habitaciones regias no entraba jamás por las antecámaras, sino por una puertecilla secreta que comunicaba directamente con su aposento al través de un angosto y oscuro pasillo, y no eran pocas las veces que el Rey le ahorraba este trabajo presentándose en las habitaciones de su fidelísimo alcahuete.

Muchos había que, al caer de la gracia del Monarca, no se explicaban la causa, y, si hubieran tenido calma bastante para detenerse a pensar, habrían podido acordarse de algún rato de conversación habido con el melifluo secretario, mientras veían consumirse

en azuladas espirales un magnífico habano, que no hay cosa que tanto abra las fuentes de la expansión amistosa como un buen cigarro fumado en franca camaradería.



### CAPÍTULO III

#### EN EL QUE SE PINTA LA TERTULIA DE SU MAJESTAD

Fernando VII, que introdujo en la vida de la Monarquía española costumbres democráticas que luego no consentía en la vida nacional, adoptó la de comer en familia y la tertulia con su camarilla después de la cena.

En el Real Sitio de San Lorenzo no era tan animada ni solía durar tanto como en el Alcázar de Madrid.

No era tan animada porque ya no asistían «Chamorro» ni Ugarte, que, con su ingenio de plazuela, solazaban muy bien el espíritu aplebeyado del Monarca, y no era tan duradera, porque El Escorial no se prestaba a correrías nocturnas.

Hacían, pues, la velada a Su Majestad el prior del Monasterio, fray Juan Valero; él duque de Alagón, capitán de sus guardias; el ya conocido don Juan de Grijalva, que apenas osaba desplegar los labios; algunas noches asistía también un oficial de Marina, apellidado Navarro, agregado al Cuarto Militar del Rey, a quien este distinguía muy particularmente porque, por ser andaluz, era dicharachero e ingenioso, y con él no había momento aburrido en toda la velada.

Y no se piense que el tal militarcito fuese una figura decorativa de estas que solo se lucen en los salones cortesanos y en las paradas de gala, que tenía fama de haber probado diversas veces su valor y audacia en la mar tan bien como lucía cada noche su gracejo y travesura en la real cámara.

La noche que siguió a aquella tarde melancólica en que el Rey departió con su confidente, mirando los espléndidos jardines del Monasterio, acudió Grijalva por aquella puerta secreta de que se ha hecho mención, antes de que llegase ninguno de los cotidianos personajes. El Rey acababa de levantarse de la mesa. En El Escorial, por guardar los lutos de sus recientes viudedades, comía solo.

Su Majestad entró fumando con aquella pertinacia que tenía por costumbre. Era el primer Rey de España que tomara gusto al tabaco, y lo hacía con tal ahínco que con un puro encendía otro.

—Hola —dijo al ver a Grijalva—. Temprano vienes. ¿Qué novedad traes para que te hayas adelantado a los demás?

A lo que respondió el preguntado poniendo unos pliegos sobre la mesa:

—Primero firme Vuestra Majestad estos papeles para que los que están al llegar no entiendan que he venido sino a cosas de mi menester.

—¿Qué son? —preguntó el Soberano.

—No sé —replicó con tono indiferente el secretario de la Real Estampilla—; papeles... El caso es que crean que yo no puedo venir aquí sino a cumplir mi deber, y si después me quedo es por deferencia a Vuestra Majestad.

Esto lo dijo aderezando su rostro con una maliciosa sonrisa, y continuó mientras el Rey escribía su nombre en los amplios papeles.

Entre amo y criado se deshilvanó este diálogo:

—He meditado sobre lo que se dignó Vuestra Majestad hablarme esta tarde, y ya me parece que tengo cogido el cabo de la cuerda que nos ha de traer a fray Juan de Almaraz.

—¡Sin escándalo, no vaya a ser peor el remedio que la enfermedad!

—Sin escándalo. Es un verdadero plan de folletín a la francesa, con raptos, pero sin incendios ni muertes.

—Y, ¿con quién cuentas para ello?, porque no es cosa que puedas hacer tú solo.

—Tengo un *podenco* de olfato tan fino y tan seguro en la presa como no lo tuvieron vuestro padre y vuestro abuelo en sus soberbias jaurías.

—¿Quién es?

—Pérez Navarro.

—¿El marino?

—Sí, señor.

—¡Hum...!

—¿Desconfía Vuestra Majestad? De Navarro os fio yo como de mi propia persona. Es hombre que me debe cuanto es, y por corresponderme de alguna manera, daría la vida si se la pidiera. Por mí le habéis conocido, y este será el primer favor que solicite de él.

—Y bien, ¿qué es lo que tiene que hacer?

—Traernos al fraile. Mañana mismo, si Vuestra Majestad no dispone otra cosa, saldrá para cumplir esta comisión.

—Y, ¿cuál es mi papel en esta comedia?

—No más de escribir una carta de vuestro puño y letra a Su Santidad León XII, aunque creo que no será necesario hacer uso de ella, y firmar una credencial para el gobernador de Roma. Pero callemos, que parece que ya va llegando la gente, pues oigo los pasos de fray Juan Valero, que parece una ballena con hábito.

En efecto, una descomunal figura apareció en el umbral del aposento y, poco después, contoneándose como un navío abarrotado, entró el reverendo prior del Monasterio.

Unos tras otro fueron llegando enseguida los demás cortesanos que se honraban con distraer el aburrimiento del Monarca.

Fue el último de todos aquel oficial de Marina, por cuyos fidelidad y arrojo pusiera tanto empeño el amigo del Rey. Este, aquella noche, estuvo más insinuante y deferente con él, y no dejaba, a su modo solapado y ladino, de ponerle a contribución el ingenio y la travesura para ver si ciertamente podía ser hombre de provecho capaz de salir airoso de la difícil empresa para la que su protector le había indicado.

Las horas de tertulia transcurrieron con la monotonía de costumbre, aunque es lo cierto que se habló menos de lo ordinario, porque el Rey, preocupado con su idea, no estaba tan locuaz como solía.

Al sonar las diez en el reloj del Monasterio, se levantó Fernando diciendo por vía de despedida:

—Señores, hasta mañana si Dios quiere.

Y tras besarle todos la diestra, salieron, quedando el último don Juan de Grijalva, el cual dijo al despedirse:

—Esta noche dispondré lo necesario, y mañana saldrá Navarro para Roma.

—¡Mucha prudencia, por Dios...! —exclamó Fernando.

—Ni él mismo sabrá nada hasta el preciso momento de poner el pie en el estribo.

Al salir el confidente, todavía halló en la antesala al marino. Al pasar junto a él, le deslizó al oído estas palabras:

—En todo el día de mañana no salga usted de casa.

Y, sin decir más, embocó por un estrecho corredor y desapareció como un duende.

## CAPÍTULO IV

### EN EL QUE SE DA CUENTA DE UN VIAJE IMPROVISADO

Pérez Navarro no tenía otros cuidados en el Real Sitio de El Escorial que el afecto de su anciana madre y el cortejo de una linda moza. El servicio le daba poco que hacer, porque Fernando no tuvo aquella debilidad por las cosas de mar, a las que era aficionado su tío, el Infante don Antonio Pascual; hubiera estado al servido de este, y ya le habría dado tarea en el mar de Ontígola y en los estanques de la Casa de Campo. Era la obsesión de su imbécil Alteza, porque, para mayor escarnio y burla de la nación, aquel majadero era generalísimo de la Armada, y así solía, decir:

—A mi sobrino, por tierra y a mí, por mar, que nos echen guindas. ,

Toda la mañana estuvo Navarro esperando las ordenes de Grijalva, y así no salió en toda ella ni a ver a su moza en la *Lonja*, como tenía por costumbre.

Cuando ya pensaba que no se acordara de él y estaba de un humor de todos los diablos por haber perdido la mañana, y viéndose venir la escena de celos que le aguardaría por la tarde en la «Herrería», si daba en sostenerse el tiempo apacible, entró su asistente con un pliego; rasgó el sello y se halló con una carta de don Juan, breve y concisa, como la persona que tuvo que escribirla.

Decía de esta suerte:

«Querido Navarro: Es necesario que esta tarde, antes de las tres, venga usted a Palacio. Es asunto de mucha urgencia y por todo extremo reservado. Busque un hombre de toda su confianza; no es menester que sea persona de talento ni de calidad, sino fiel a toda prueba. Suyo, *Grijalva*».

\*\*\*

Minutos antes de dar las tres en el reloj del Monasterio entraba Navarro en Palacio, acompañado de su asistente, un marino andaluz como él y casi tan decidido.

En más de ocho años que llevaba a su lado había tenido infinitas pruebas de honrada fidelidad, y así pensó que nadie mejor podría servirle para la incógnita empresa que tuviera que emprender.

Ya le esperaba el íntimo de Femando, y para distraer el tiempo, se entretenía en poner polvo de rapé en una primorosa tabaquera de ébano incrustada en nácar.

—¿Tardé, don Juan? —preguntó el simpático oficial.

—No, por cierto —respondió el otro sin dejar la operación en que estaba embargado—; todavía faltan cinco minutos para que sean las tres.

—Pues aquí me tiene usted a sus órdenes y deseando saber en qué puedo serle útil, para empezar a servirle.

—De eso vamos a tratar ahora mismo. Hágame el favor de sentarse. ¿Quiere usted un polvo de este riquísimo rapé? Descarga la cabeza a las mil maravillas; ¿o prefiere un buen habano? —continuó muy solícito el secretario, presentando ambos ofrecimientos al recién llegado, el cual respondió uniendo la acción a la palabra:

—Acabo de tomar café, y así entiendo que el cigarro me hará más provecho.

—Como usted guste.

Grijalva encendió otro aromático cigarro de aquellos mismos que fumaba Su Majestad y, tomando una silla, fue a sentarse junto al oficial, entablando con él este breve diálogo:

—Va usted a emprender un largo viaje.

—Cuando usted ordene, dispondré la marcha.

—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Sí, señor; tan pronto como le dé a usted unas brevísimas instrucciones.

—Y, ¿adónde?

—Por lo pronto, a París; allí nuestro embajador le dará más detalles. Yo no puedo decirle una palabra más. ¿Ha venido usted con el compañero que le encargué?

—Espera en la antecámara. Es mi asistente. Como me dijo usted que solo se necesitaba que fuese hombre de toda mi confianza...

—Nada más. Dentro de diez minutos habrán tomado ustedes el camino de Francia. ¿No ha visto en la puerta una silla de postas?

—Sí, señor, y pensé que era de algún alto funcionario que tendría que partir para Madrid.

—Pues es la que ha de llevar a usted... donde sea.

—Bien; pero me permitirá usted que vaya a despedirme de mi madre y de alguien más, cuya existencia no ignora usted..., tomar alguna ropa...

—En todo eso se pierde un tiempo precioso y no se puede desperdiciar ni un segundo —replicó Grijalva, inexorable—; de su madre y de ese alguien más que no ignoro, yo me encargo. A la primera no tema usted que le falte nada, y la segunda estará perfectamente tranquila durante el tiempo que dure su ausencia; confíe en mí, pues sabe que soy buen camarada. Llegando a Francia, comprará usted cuanto le sea preciso. En París, recibirá usted un pliego de manos del conde de Ofalia, nuestro embajador en el vecino reino, y en él se enterará usted de cuanto hoy ignora respecto a este imprevisto viaje, y con su buen ingenio hallará medio de llevar a cabo todo lo que se encarga, que es cosa que conviene al buen servicio de la Monarquía. Para los primeros gastos que puedan ofrecérsele hasta llegar a París, aquí tiene usted dos mil duros. Ofalia le dará lo necesario para la continuación del viaje. Y ahora, amigo mío, ¡salud y buena suerte!, que puede ser que esta comisión labre de oro su carrera en el porvenir.

Y andando dificultosamente, a causa de la acerba gota que padecía, acompañó al oficial hasta la puerta del Monasterio, y le hizo entrar con su criado en la silla de postas.

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### DE PARÍS A ROMA

Como la causa del viaje parecía urgente y los tiros de la posta eran inmejorables, tanto los que salieron de El Escorial como los que mudaron en las distintas jornadas, en menos de quince días se plantaron los viajeros en París.

Era cosa de oír los supuestos y cavilaciones con que distraían las pesadas horas del viaje, puesto que iban como con los ojos vendados. Curro, el fiel asistente, no dejaba de hacer preguntas a su amo, y, ante lo vago de las respuestas, hacía los más absurdos pronósticos sobre la suerte que a ambos les estaba destinada.

Pérez Navarro tenía la certeza de que era algún grave secreto de Estado lo que, en forma tan brusca le arrancaba de junto al cuidado de su madre y el querer de su novia. A las dos procuró tranquilizarlas, escribiéndolas desde Burgos. En cambio, ni una sola línea quiso escribir al confidente de Fernando VII, porque no entendiera que, por cuidarse de los afectos, desatendía el interés de su misteriosa empresa.

\*\*\*

En París, se detuvieron solo el tiempo necesario para que el embajador conde de Ofalia les entregara los documentos necesarios que les acreditarían en Roma.

—Nada puedo decirle a usted del objeto de su viaje —dijo su excelencia a Navarro—; del objeto de este viaje únicamente tengo orden de entregarle estos papeles. Una vez en el coche, abra usted el sobre y encontrará en él las instrucciones necesarias. Dentro van unas cartas autógrafas de Su Majestad para el Papa, de la que solo hará usted uso en caso necesario.



Le proveyó después de dinero y, con la misma cortesía que Grijalva en la puerta del Monasterio escurialense, le acompañó hasta el coche, le estrechó la mano afectuosamente y le deseó buen viaje.

Así como el pesado vehículo dejó de rodar por las calles de la vieja Lutecia y salió al campo buscando el camino de Roma, rasgó Navarro el abultado sobre y «bebió» materialmente en sus pliegos con la misma fruición que un sediento en las cristalinas aguas de un manantial.

El objeto del misterioso y acelerado viaje no era otro que el de apoderarse de la persona de fray Juan de Almaraz, confesor de la Reina María Luisa, y traerle consigo a España, sin que nadie pudiera advertirlo, con el fin de que no se propalara el suceso y fuese el escándalo del mundo.

El asistente no dejaba de hacerse cruces y de preguntar a su amo que si el llevarse a cuestras a un fraile, como el que se lleva un fardo, no sería pecado mortal, pues él, antes que todo, era cristiano viejo y no quería condenarse.

A lo cual respondió el oficial para tranquilizarle la conciencia:

—No, hijo, no te asustes, que lo que vamos a hacer antes es virtud que pecado. Mira, si nos mandasen a España muchos marinos como nosotros para que cada uno cargase con un reverendo, quedaría aquella bendita tierra como un trigal limpio de gorriones.

Con tan sana explicación quedaron muy sosegados los escrúpulos del mozo, ya que para él las palabras de su amo tenían más fuerza y autoridad que las que están escritas en los Evangelios; se acomodó lo mejor que pudo en el coche, reclinó la cabeza sobre el testero, y de allí a poco dormía como un bendito.

Pérez Navarro comenzó a tejer los hilillos del plan que debía seguir para apoderarse del malaconsejado fraile<sup>1</sup>

confesión, se le quedaba entre las uñas de Fernando VII. Para no dejarle escapar no tuvo inconveniente alguno en urdir aquel cuento de «última hora».

Sin duda que tuvo que pensar para su cogulla:

---

<sup>1</sup> Faltan páginas 32 y 33 en el original.

—A quien tantos escándalos diera, poniendo a su marido en tan ridículos trances, no ha de marchitarle su fama un capítulo más.

Y allá lo echó a rodar hacia la plaza de Oriente.

Cierto que antes había rogado con toda humildad su derecho en memoriales y solicitudes, que eran rasgados por el Monarca sin acabar de leer. Cuando el Infante don Francisco de Paula estuvo en Roma por los años de 1826, le visitó y volvió a su tema.

Creyó Su Alteza que aquel hombre pedía en justicia, y de Vuelta a Madrid trasladó el ruego al Rey su hermano; pero este dio la callada por respuesta, y entonces fue cuando el desdichado clérigo, viéndose desatendido, dio en el mal negocio, que pensó fuera huroncillo para sacar de la faltriquera del Monarca los cuatro mil duros del legado.

Y, dándose cuenta al cabo del mal paso que había dado, andaba como huido por toda la ciudad, sufriendo el escarnio de los muchachos, que le creían loco.

Muchos días ni aun se atrevía a salir de su casa, si no había misa, por quitarse del escarnio a que le sometían las gentes poco piadosas.

### CAPÍTULO III

#### LOS ESBIRROS DE FRAY JUAN EN ROMA

Con la llegada a la Ciudad Eterna de Pérez Navarro y de su asistente Curro, coincidía la arribada al puerto de Civitta-Vechia de la fragata española «Manzanares», que debía esperar las órdenes del oficial cortesano y estar dispuesta para hacerse a la vela de un momento a otro.

La cristianísima metrópoli del orbe católico, con ser tan interesante, tuvo pocos encantos así para el amo como para el mozo.

El primero en preparar la coartada en combinación con el gobernador y el segundo espiando al padre Almaraz, tan pronto como dieron con él tenían mucho en qué entretenerse, y no era poco si debían llevar el empeño para que fueron enviados con la presteza y el sigilo que tanto fuera recomendado por Grijalva.

—Es mucho cuento —solía decir Curro, mientras seguía los solitarios paseos y las ridículas extravagancias de fray Juan, que, de puro maltratado por las privaciones, hablaba solo y gesticulaba en plena<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Faltan páginas 36 y 37 en el original.

## CAPÍTULO IV

### EL RAPTO DE UN MINISTRO DEL SEÑOR

En efecto, como había pronosticado el covachuelista palatino don Juan de Grijalva, no fue necesario que Navarro entregase al Pontífice la carta autógrafa de Fernando VII; bastó solamente con que mostrara sus credenciales secretas al gobernador de Roma, don Francisco Marco Catalán.

El Papa no hubiese dejado de satisfacer el deseo de Su Majestad, por cuanto era decidido partidario, del absolutismo más severo, del cual dio patentísimo ejemplo separando del Vaticano al cardenal Gonzalbi, secretario perpetuo de Pío VII. Pero este era asunto en que el Monarca hispano quería los menos interventores posibles, y así se aderezó todo sin necesidad de más intermediarios que los dichos personajes.

Una desapacible tarde de finales de octubre tornaba el malaventurado Almaraz de su habitual paseo.

Había pasado ya ante el retablillo mal alumbrado y ponía el pie en la piedra que daba acceso al zaguán de su mísera vivienda, cuando del hueco de un portal vecino vio destacarse cuatro hombres.

Se le acercaron con muestra de mucha cortesía, y uno de ellos, trayendo el sombrero en la mano, preguntó si acaso era el padre Juan de Almaraz y, habiéndole este respondido que sí, aunque con resabios de algún temor, le dijo que les hiciera merced de guiarlos a sus habitaciones.

Se alborotó algún tanto su reverencia, pero empujándole aquellos hombres hacia la escalera, le tranquilizaron con decirle que nada temiera, pues no se trataba de otra cosa que de someter a su buen criterio un caso de conciencia.

Una vez dentro, dijo el más cortés de todos:

—Vuestra reverencia, siéntese en esa silla sin cuidado alguno, y déjenos a nosotros preparar el viaje.

No tenían que incomodarse mucho, pues la habitación solo se componía de dos piezas; en la primera había una mesa de pino, un sillón y, en una alacénilla, media docena de libros devotos y unos legajos de papeles.

Se apoderaron de todo ello y de las pocas ropas que encontraron y, ofreciendo el más autorizado —que no era otro que Pérez Navarro— el brazo al espantado clérigo, volvieron a tomar el camino de la calle.

El desdichado viejo estaba tan asombrado por aquella inesperada aventura que no acertaba a concertar ni una sola palabra de protesta.

Una vez en la calle, se dirigieron hacia la plaza de España, que estaba contigua.

Se adelantó a recibirles una magnífica silla de postas, escoltada por un piquete de escopeteros españoles.

En este momento, salió fray Juan de Almaraz de su estupor y comenzó a resistirse y a pedir auxilio con desesperadas voces, diciendo que aquellos hombres eran criminales pagados que le secuestraban para traerle a España, en donde le quitarían la vida.

La poca gente que transitaba a tal hora por aquellos lugares fue congregándose en torno al carruaje, y algunos balcones y ventanas se llenaron de vecinos curiosos. Mas el sereno ingenio de Pérez Navarro y la cachazuda sorna de Curro supieron tranquilizar los ánimos de los mirones, que parecían comenzar a tomar partido por el secuestrado.

—Seréense vuecelencia, señor duque —decía el asistente al clérigo—. Mire que esto que se le hace es por su tranquilidad. ¿No le da sosiego el ver reunidos a su sobrino don Carlos, que tanto le quiere, y a toda su rendida servidumbre...?

Y Navarro exclamaba a su vez, dirigiéndose a los circunstantes:

—No es nada, señores. Un caso desgraciado, que a nadie puede interesar más que a la familia de este infeliz, que es un grande de España, honrado con ilustres títulos y lleno de riquezas. Él tiene la razón perturbada por la monomanía religiosa y se empeña en pasar por clérigo. Su familia ha conseguido dar con él, y nosotros no queremos más que trasladarle al seno de ella con el debido cuidado.

fray Juan, que tal escuchaba, gritaba con más bríos, protestando que aquello era una impostura, pues él no tenía más honores que los de su santo ministerio, ni otros bienes que la misericordia de Dios.

Los curiosos quedaban aún más convencidos con tales protestas de que no era sino un infeliz perturbado, y se iban retirando con muestras de muy honda y sincera compasión.

Al fin, la posta, que, según la riqueza que mostraba por fuera como por dentro, era digna de un linajudo prócer, partió al galope de las poderosas bestias y se perdió por el dédalo de las tortuosas calles de Roma, buscando el camino de Civitta-Vechia.

En todas las posadas del camino había caballos de refresco, a fin de no hacer parada alguna y llegar de un solo viaje al puerto en donde esperaba la fragata que tenía que conducirlos a España.

—¡Favor! ¡Socorro!, que me llevan preso —gritaba fray Juan tan pronto como durante el relevo de los tiros veía arremolinarse la gente en redor del carruaje; pero allí estaba siempre despierta la truhanesca industria de Navarro para desvanecer sus ansias de libertad; diciendo a los congregados, con el gesto y el acento llenos de compasión:

—¡Pobre tío! ¿Quién ha de pensarse, al verle así, en tan lastimoso estado, que es nada menos que un Grande de España, casi un Príncipe de la sangre...? ¡A qué situaciones tan lastimosas trae el Señor a sus criaturas...!

—Este hombre miente como un bellaco —protestaba el prisionero—. Yo no estoy loco, ni soy más que un pobre clérigo, a quien, al entrar en su casa, ha secuestrado una partida de bandidos. ¡Socorro! ¡Auxilio, que me llevan para quitarme la vida...!

Entonces, el marrullero Curro acudía todo compungido, como fiel servidor al que afectarían tanto las desdichas de su amo como si fueran propias:

—Tranquilícese, vucencia, señor duque —decía—. Considere que en España le espera su familia, toda llena de pesadumbre y con los brazos en cruz.

A lo que replicaba el infeliz tonsurado:

—¡Calle usted, hipócrita asesino! Yo no tengo a nadie en el mundo si no es el auxilio de Dios, quien no puede consentir en dejarme en vuestras garras...

—La manía de siempre... ¡Infeliz señor! —apoyaban los otros.

Y llegaron a Civitta-Vechia y embarcaron enseguida en la nave que los esperaba para trasladarlos a España.

En cuanto el barco se hizo a la vela y salió del puerto, cambiaron por completo finezas y consideraciones para el triste secuestrado.

Entre Curro y dos marinos más le tomaron por su cuenta y, a rodillazos y empellones, como si se tratara del más infame criminal, le encerraron en la bodega del barco, prohibiéndole hablar con nadie, y aún, como si ello fuese poco, le amenazaron con ponerle en la «barra» si continuaba alborotando.

Y en aquel mismo punto y hora comenzó para él un silencio de muerte que duraría mucho tiempo.

Tan fuertes y tan horribles fueron las impresiones recibidas desde que salió de Roma que enfermó gravemente, y nunca como entonces puede decirse que estuvo a las puertas de la locura.

## CAPÍTULO V

### EL REY EN BARCELONA

Fernando tuvo que abandonar la paz del monasterio escurialense y dedicar sus pocas dotes políticas a fortalecer el trono que tan indignamente ocupaba, porque si no acudía presto a poner remedio, amenazaba venirse al suelo con gran estrépito. Con este cuidado, se fue esfumando del pensamiento la pesadilla de fray Juan de Almaraz.

Cataluña se agitaba toda en rebelión, y, según tiene aquel principado por añeja, costumbre, se exaltaba con rugidos de independencia.

Desde la cátedra del Espíritu Santo se predicaba la insurrección, y numerosas bandas realistas engrosaban las apretadas filas de los descontentos.

Los cabecillas que, en el año anterior, habían sido indultados, se presentaban a combatir de nuevo.

Manresa, Vich y Berga se sublevaron y formaron Juntas de gobierno, compuestas en su mayoría por gentes de cogulla y sotana.

Más de cincuenta mil hombres se habían declarado contra el Poder central, tachándolo de ser partidario y defensor de la Constitución.

Por todas partes se oía el grito de «¡Viva Carlos V!», pues no era otro el objeto de aquel levantamiento que el de colocar en el trono al segundo hermano de Fernando, por creerle aún más reaccionario y absolutista que a este.

El Gabinete de Madrid comenzó a hacer concesiones, cosa que no fue sino echar leña al fuego. Al fin, el «Deseado», viendo que a su corona comenzaban a crecerle alas, tomó la posta y se presentó de incógnito en la alborotada metrópoli. Y aconteció que, como por el entonces toda España era el pueblo sin entereza, la palabra del Monarca fue palabra sagrada que acalló, o, por lo menos, contuvo por el entonces todas las protestas y conjuraciones. Habló de suerte que los levantiscos catalanes comprendieron que con ningún otro Monarca podrían tener más reacción y más absolutismo. Ofreció indulto a cuantos se sometieran.



Como dóciles borregos fueron tirando las armas y besaron, sumisos, la regia mano...; pero, al día siguiente, partió el Rey a Valencia, en donde le esperaba la Reina, y entonces el brutal conde de España comenzó a hacer prisiones y ahorcar gente con tanta profusión que amenazaba dejar a Barcelona deshabitada.

Tornó de allí a poco Fernando a la ciudad condal, y, muy satisfecho con las infamias del terrible poncio, se ocupaba en hacer salir de las provincias catalanas y vascongadas a las tropas de Angulema, cuando la fragata «Manzanares» arribó a aquel puerto.

\*\*\*

Navarro se presentó inmediatamente a dar cuenta al Rey de su cometido, y este, viendo que ya tenía en sus garras al hombre peligroso, se mostró tan satisfecho, aunque no quiso verle, que se dignó bromear con el aprendiz de almirante, haciéndole referir en manera festiva las diferentes y folletinescas escenas del rapto.

Don Juan de Grijalva se mostraba tan orondo y satisfecho de las buenas disposiciones de su recomendado, y elogiaba sus cualidades, como el conde de Lafere se gloriaba de las valientes hazañas del vizconde de Bragelonne.

Así como ambos amigos quedaron solos, dio el viejo al joven razón de cómo quedaban en El Escorial su madre y su novia, y sabiendo que las dos mujeres esperaban impacientes su vuelta, ya no tuvo Navarro más ansia que la de correr a sus brazos; pero el secretario y confidente de Su Majestad le marchitó en flor la amoríada esperanza.

Le dejó por un momento que la acariciara y se encariñase con ella; mas, cuando hablaba ya de la hora en que podría tomar la posta para Madrid, dijo:

—Muy pronto satisfará usted las justas inclinaciones de su corazón de buen hijo y de rendido amante... A lo sumo, dentro de un mes.

—¿Pero tanto tarda en llegar la posta desde Barcelona a Madrid? —preguntó Navarro.

—Es que antes —respondió Grijalva, aderezando el enjuto rostro con la más hipócrita de sus sonrisas— tiene usted que dar exacto cumplimiento a la comisión con que le honraré

Su Majestad, haciendo un viajecito a Valencia para dejar al prisionero bien seguro en el castillo de Peñíscola. El Rey tiene particularísimo empeño en que este asunto lo acaben los mismos que lo empezaron.

Y mal que le pesase, al anochecer de aquel mismo día, partió Pérez Navarro, con fray Juan de Almaraz y Curro, a cumplir las órdenes del taimado Monarca.

## CAPÍTULO VI

### QUE PUEDE TITULARSE SOLACES DE UN PRISIONERO

El alcaide del castillo de Peñíscola, don Luis Oyarzábal, ya hacía tiempo que tenía instrucciones recibidas para la recepción del nuevo huésped en la fortaleza sometida a su mando.

Así como se hizo cargo del desventurado religioso, le miró con muestras de mucha compasión, porque sabía que desde aquel momento, y quizá por todos los días de su vida, se acaba la libertad para aquel hombre anciano y valetudinario.

Conforme con las órdenes que tenía y a las que Navarro llevara, encerró al Padre Almaraz en la torre más alta de la prisión, en la que no había más comunicación con el mundo exterior que una angosta ventana defendida por fuertes barrotes.

—Padre —le dijo el buen alcaide, que no era de la mala condición y endurecidas entrañas que aparecen siempre en las novelas terroríficas los individuos de su clase—; mucho me pesa del rigor que tengo que observar con su reverencia, pero soy mandado y nada puedo, hacer, por mi parte, que contribuya a mejorar su triste situación. Esta torre, que será su celda, se abre ahora por última vez. Aquí permanecerá su merced hasta que Dios o el Rey lo dispongan; no entrará carcelero alguno, ni yo siquiera, de suerte que no podrá comunicarse con nadie. De esta reja penderá un cestillo, en el que se le pondrá comida dos veces al día; usted mismo tirará de la cuerda y le hará subir. Y ahora, amigo, Dios le dé paciencia. Tenga la seguridad de que me pesa en el alma este rigor, pero soy criado del Rey y, como buen vasallo, no me toca otra cosa que obedecer sus mandatos.

Y tras estas palabras, salió de la estancia; enseguida se oyó por fuera chirriar de cerrojos y candados, siendo cada férreo sonido para el desventurado prisionero como si los sintiera dentro del mismo corazón.

Llevada a cabo esta diligencia por el oficial marino y su asistente, no quisieron retardar un solo momento su regreso y, en la misma posta que habían llegado, emprendieron de nuevo la vuelta a la Corte.

Don Francisco Langa era el jefe superior del castillo de Peñíscola, como capitán general de Valencia, y tenía buen cuidado de que el alcaide observara rigurosamente las órdenes que le fueron encomendadas.

Señaló veinte reales diarios para la manutención del preso, cuya cantidad no figuraba en ninguna nómina ni registro.

En la celda no había papeles ni libros con que el infeliz pudiese distraer el tedio y el aburrimiento de las interminables horas, de suerte que todo su solaz consistía en la meditación de su ligereza y en contemplar, desde la alta y sólida reja, el azul del cielo y la verdura de la hermosísima huerta valenciana.

No tenía más amigo que un gorrión descarado que todas las tardes acudía a picotear las migajas que el pobre viejo le ponía en el poyo de la ventana.

Todas las horas del día no le bastaban al desdichado para arrepentirse de aquella mala idea que tuvo en hacerse pasar por conocedor de la paternidad de Fernando VII.

A veces, recordaba que era ministro del Señor y por tal estaba obligado a llevar las tribulaciones resignadamente y ofrecía su prisión en penitencia y descargo de su grave culpa.

Llegó a perder la noción del tiempo, pues en su confusión de ideas, no hacía memoria del día que le prendieron en Roma ni de los que transcurrieron hasta dejarle en aquel abandono.

\*\*\*

Obra de tres años llevaba el infeliz en su encierro con el rigor que se ha visto cuando, en el ánimo del malvado Monarca, tornó a florecer el miedo de que la calumniosa especie hubiese traspasado los gruesos muros del castillo de Peñíscola y se hubiese extendido por España.

El Rey no dejaba de decir a Grijalva, su digno secretario, que había que procurar la retractación absoluta del reo, haciéndole declarar que todo había sido una calumnia execrable para mancillar la *buena* memoria de la Reina difunta y la *generosidad* del

Monarca; pero en ese punto fue preciso pedir auxilio a otro nuevo personaje, tan afecto al Rey como lo era el ministro de Gracia y Justicia, don Francisco Tadeo Calomarde.

El amo y su confidente estaban tan agotados de meollo que no pensaban cosa a derechas.

A Grijalva se le había ocurrido el medio más expeditivo, que era el de dar al clérigo pasaporte para la eternidad; pero el «piadoso» Fernando tuvo escrúpulos de conciencia, por ser la víctima ministro del Señor, y no consintió en ello.

—Llama a Calomarde —dijo el Rey—, y él, que de suyo es travieso y de ingenio vivo, será como el Espíritu Santo que nos ilumine.

Y Calomarde encontró la fórmula eficaz para tranquilizar los temores del Monarca, puesto en duda de paternidad.

—Señor —dijo así que se hubo enterado del «asunto»—; aparte de que Vuestra Majestad no tiene por qué inquietarse, pues no es posible que el padre Almaraz tenga comunicación con nadie; yo cuento con quien hará esa diligencia sin miedo a que se viole el secreto. Ese hombre no es otro que el arzobispo de Valencia, varón sabio, justo y experto explorador de las conciencias.

—Y ¿tú te atreves a responder por él? —inquirió el Soberano, siempre receloso.

—Señor—replicó Calomarde, aderezando su rostro con una picaresca sonrisa—, es uno de los innumerables prelados que me deben su jerarquía, y además pariente de aquellos por quien Vuestra Majestad se ha dignado más de una vez decir en tono de chanza: «¿No tienes por ahí algún primo a quien encasquetar una mitra que ha quedado vacante?».

Fernando sonrió también al recordar que Calomarde tenía debilidad por repartir entre sus parientes y paisanos mitras y capellanías.

—Pues que tal confianza tienes en él —continuó el Soberano—, este será quien pida la retractación escrita a ese mal aconsejado discípulo de «fray Gerundio». Procura que cuanto antes reciba la orden tu pariente.

\*\*\*

Como administrador del arzobispado de Valencia, cuya sede estaba vacante por aquellos años de 1830, don Pedro José Ponte, arzobispo que fue de México, y de cuya sede le arrojaron los insurrectos, obligándole a retornar a España.

Se acogió al amparo de su pariente, el ministro de Gracia y Justicia, y como ya se ha dicho que, aunque este fue tirano para España, no lo fue para sus deudos y advenedizos, le proporcionó el pingüe cargo eclesiástico, aunque fuese en calidad de suplente, que disfrutaba en la metrópoli valenciana.

En efecto, su ilustrísima era un buen hombre, que cumplía los deberes de su alto ministerio con aquel sosiego patriarcal que recomendó Cristo a sus apóstoles; de suerte que, cuando recibió de la Corte de Madrid el encargo secreto de recoger la retractación de fray Juan de Almaraz, entendió que iba también a llevar la luz evangélica a un alma triste y acongojada, llena de pesadumbres y arrepentida, qué luego debía obtener el perdón.

Como la visita tenía que ser de todo punto secreta, fingió con sus familiares que tenía vivos deseos de conocer el histórico castillo y, llegado que hubo a la puerta, en donde fue recibido por el alcaide, fingió querer admirar desde los torreones de la fortaleza el magnífico paisaje, y subió sin otro acompañamiento que el del dicho funcionario.

## CAPÍTULO VII

### LA RETRACTACION DE FRAY JUAN DE ALMARAZ

En verdad que si el desdichado exconfesor de María Luisa hubiera seguido la estrecha regla y penitente vida de los venerables padres del yerno, no estuviera más tristemente desfigurado.

Como se le había negado toda asistencia personal, ni desde la alta atalaya de su celda veía otras personas que los labradores y huertanos que cruzaban por la campiña, traía unas barbas luengas y enmarañadas que le llegaban a la cintura.

Los movimientos eran torpes y la voz trémula, balbuciente, casi inarticulada por la falta del uso durante tan largo tiempo.

Así como el infeliz vio aparecer a su ilustrísima en el umbral, se arrojó llorando a sus plantas.

Con todo afecto y blandura le alzó el prelado y le condujo hasta el humilde escaño que le valía por asiento; se colocó junto a él y comenzó a decirle palabras de consuelo, que animaron mucho el abatido espíritu del desgraciado prisionero.

Le invitó a que hiciese descargo de su culpa, reconociendo cómo había sido una infame calumnia, inspirada por el pecado de la avaricia, pues que la Reina jamás le hizo semejante confesión; le aconsejó que se retractara por escrito, pidiendo perdón al Rey, y llegó a ofrecerle que si se arrepentía sinceramente, las puertas de aquella torre se abrirían pronto ofreciéndole la ansiada libertad.

Con tan halagüeñas promesas, el sinventura intentó seguir al pie de la letra los consejos de su ilustrísima, e hizo luego una confesión general de sus culpas que enterneció sobremanera el bondadoso corazón del prelado, el cual, a tiempo de despedirse del preso, le decía mientras guardaba en su limosnero la retractación firmada:

—Hermano, confíe en Dios y en mí, pues yo espero que pronto será libre. El Rey nuestro señor piensa, sin duda, que ya tiene bastante purgada aquella ligereza, y así como yo tenga el honor de poner este pliego en sus manos, volverá usted a los caminos del mundo.

El buen príncipe de la Iglesia hablaba con tal optimismo no por consolar el espíritu atormentado del pobre clérigo, sino porque así creía que el Rey tendría que hacerlo en justicia; si hubiese conocido a Fernando, a buen seguro que no se atreviera a salir por fiador suyo de un modo tan rotundo.

Don Pedro José Ponte salió de la torre dando la bendición a fray Juan de Almaraz, que la recibió de rodillas, llorando lágrimas de arrepentimiento y de alegría, porque pensaba que su liberación llegaba a pasos agigantados.

Tras el buen obispo volvieron a cerrarse, con el mismo rechinar lúgubre de años antes, cerrojos, candado y cadenas.

\*\*\*

Su ilustrísima envió aquel mismo día a su pariente Calomarde la retractación de Almaraz. No quería que en lo que pudiera depender de él se retrasara un solo instante la libertad de aquel desgraciado arrepentido.

El Rey recibió el ansiado pliego de manos del ministro, y así como hubo leído lo que en él iba exulto, le preguntó Calomarde:

—¿Qué hacemos con el preso?

Y respondió el Monarca:

—Dejarle en donde está y es mucha merced. Ese bellaco, mientras yo viva, no volverá a ver más luz que la que entre por la ventana de su calabozo.

\*\*\*

Y fray Juan soñaba, dormido y despierto, con el ansiado momento de verse libre.

Como la malaventurada víctima de «Barba Azul», se pasaba los días encaramado en el alféizar de la ventana, escrutando las revueltas del camino que conducían a la fortaleza, por ver si veía llegar a los redentores de su cautiverio, pero solo distinguía, a lo lejos, a



los labradores que iban y volvían de la labor, los arrieros y huertanos que se encaminaban los jueves al mercado de Valencia, y no recibía otra visita que la de aquel gorrioncillo agradecido, que ya se le paraba en el hombro y acudía a comer en la mano. ,

Y así pasaron meses y se cuajaron años.

Todo volvió a quedar en el mismo olvido que antes de visitarle el prelado valenciano; pero este no le había olvidado, y trató de averiguar noticias suyas por el mismo alcaide de la prisión; mas este dejaba siempre sin satisfacer la caritativa curiosidad de su ilustrísima.

Una tarde tornaba el caritativo prelado de su acostumbrado paseo por las márgenes del Turia, cuando, al entrar en la ciudad, vio al coronel don Luis Oyarzábal. Hizo parar el coche y le llamó:

El alcaide de Peñíscola se acercó muy cortés, y apenas se hubieron cambiado los saludos de cortesía, le preguntó el obispo si el prisionero había recobrado la libertad; mas el gobernador, fingiendo la más completa ignorancia de lo que hablaban, respondió:

—Ignoro, señor, a qué prisionero se refiere su ilustrísima.

Quiso el bondadoso don Pedro refrescarle la memoria recordándole su visita al castillo; pero el esbirro de Fernando se limitaba a encogerse de hombros a cada razón que le daban, y a todo se hacía de nuevas.

—Sin duda, vuestra ilustrísima —decía con voz suave y aderezando el gesto risueño—, padece una confusión, pues yo no recuerdo haber tenido el honor de hablarle hasta ahora, ni mucho menos recuerdo que se haya dignado visitar la fortaleza.

Su eminencia se sintió herido en su amor propio, viendo la indiferencia de aquel hombre, y diciéndole:

—Perdone usted, señor militar... Efectivamente, he padecido una lamentable equivocación. —Y siguió su ruta.

El arzobispo, como hombre recto y de buena voluntad, pensó que lo mejor era impetrar el favor del Monarca, y tras haber escrito varias veces a su pariente, el ministro Calomarde, tuvo al cabo la contestación deseada de parte del Rey, en la cual se le decía haber visto con el mayor desagrado semejante recuerdo, que debía borrar como si nunca hubiera tenido noticias del padre Almaraz.

## EPÍLOGO

El 29 de septiembre de 1833 murió, «por fin», Fernando VII. Con su muerte se acabó también la influencia de su inmunda camarilla.

Grijalva desapareció anónimamente. Conocido el poderoso influjo que ejercía en el ánimo del Rey, no se atrevió a permanecer ni un solo instante más en Palacio desde que penetraron en él —aunque por poco tiempo— los aires francos de la libertad. Calomarde cayó al impulso de la memorable bofetada de la Infanta Carlota. Los sucesos de La Granja cambiaron por completo la fisonomía política de la nación. Los mismos que antes fueron perseguidos de muerte entraron a formar parte del primer Gobierno de la regencia de María Cristina.

El 16 de enero de 1834 era presidente del Consejo de Ministros don Francisco Martínez de la Rosa, el cual dio completa amnistía para todos los delitos políticos, y así volvieron a su patria los desterrados y salieron de las cárceles los presos que estaban encerrados por Calomarde y Chaperón. Por instigación de un prócer que honró su título cultivando el bello ejercicio de las letras, el conde de Fabraquer, fenecido no hace muchos años, se descubrió en la Secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia los pocos antecedentes que había de este novelesco suceso; lo puso en conocimiento del presidente-poeta, quien, consultándolo a su vez con la Reina gobernadora, determinó poner en libertad a la infeliz víctima de sus errores y del despotismo de un Rey tirano y cobarde.

Lastimoso y repugnante era a un mismo tiempo el estado en que apareció fray Juan de Almaraz, cuando le abrieron las puertas de la prisión.

El desdichado no era más de una momia viviente, corroída por la miseria más espantosa y llena de fistulas nacidas de la suciedad en que se revolcaba su cuerpo.

Había perdido el uso de la palabra y su inteligencia se había apagado por completo.

Muy poco sobrevivió el desventurado al momento de su libertad, de la que apenas se dio cuenta.

Trasladado a Mallorca, en donde había algunos parientes, murió al mes de haber salido del castillo de Peñíscola.

DIEGO SAN JOSÉ